LA MUERTE DEL RABÍ ABRAHAM

Autor: ALBERTO GERCHUNOFF

El hecho sucedió en Rajil. Era un día de invierno de palidez y de frío. Asomaba ya el sol sobre las lomas y roseaba la escar-cha que cubría la campiña. Escarchados los postes, escarchados los techos de los ranchos, blanco el camino, aquel rincón entrerriano evocaba más bien un paisaje de país de nieve, una lámina rusa en la tierra armoniosa y bravía de los gauchos.

Era la hora de comenzar las tareas. Rabí Abraham iba y ve-nía del corral a la casa, preparando la partida para la chacra. En la cocina, llena de humo de leña húmeda, los muchachos apu-raban el mate y zapateaban para entrar en calor. Goyo, el peón, se desperezaba, soñoliento aún; la vieja judía revisaba los nida-les de las gallinas, y repetía la queja inevitable de todas las ma-ñanas:

-Nunca ponen en el mismo sitio...

Y don Goyo contestaba, entre bostezos, sin cambiar jamás las palabras:

-Mal enseñaos, patrona...

De los charcos venía el grito de los teros y lejos, allá donde se perdía la línea gris del arroyo, la yegua estremecía con los relinchos la serena quietud de la mañana. Poco a poco, el sol se agrandaba y enrojecía las nubes, desleídas como manchas en la tersura metálica del cielo. Notábase movimiento en todas las casas de la colonia. Los chacareros y los peones enyugaban los bueyes, entumecidos por la noche. De cuando en cuando, el viento traía una exclamación que los muchachos contestaban entre risas.

-¡El yaguaré, no! -gritaron en la casa vecina.

Ruth apareció en la cocina, desgreñada, envuelta en una manta de lana que daba a su hermosura de moza fresca y rústica un aspecto de salvaje arrogancia. Revolvió el fuego y empezó a participar del mate en la reunión matinal. Con un ademán de-sabrido respondió al requiebro del gaucho:

-¡No diga pavadas! Es demasiado temprano...

Cerca de la puerta, rabí Abraham se puso a rezar. Envolvió despaciosamente el brazo izquierdo en las correas de las filacterias, fijó la otra en la frente, cubierta por la túnica que daba a su figura un aire oriental y sacerdotal. Gravemente pro-nunciaba las palabras invocando, en el idioma que habló Jehová a los profetas, la alegría para los suyos, la bendición unánime sobre el universo.

Al terminar las plegarias, el sol ya estaba alto. Deshacíase la escarcha y los paraísos y los tártagos parecían renacer en el vi-brador aliento de la mañana. Un soplo ligero movía las plantas ya desnudas en el enrarecido jardín; las ramas acompasaban con su crasa disonancia el canto de los pájaros.

Rabí Abraham apresuró al peón y a los muchachos. Unos se dirigieron a ensillar los caballos y el peón entró al corral.

Rabí Abraham le dijo:

-Enyugue al Manso y al Gordo.

Don Goyo se encogió de hombros, empezó a azuzar el ga-nado bajo cuyas patas crujía la boñiga endurecida por la helada, se apoyó en el palenque y lió su cigarro. Después se entretuvo en enlazar a los bueyes a pesar de que su mansedumbre hacía